de su eternidad, o sea, bajo tierra; y durante el funeral los familiares y amigos darán vueltas por la plaza llorando. Reflexiona bien, oh hombre. ¡Qué grandes son tu miseria y tu debilidad! ¿De qué podrías ensoberbecerte?

* * *

Acuérdate de tu Creador antes de que se rompa el cordón de plata, o sea, la duración de la vida; y *antes de que se quiebre la lámpara de oro;* o sea, antes de que el alma, la parte más preciosa del hombre, *retorne* allá de donde vino.

Y se estrelle el cántaro en la fuente. El cántaro es el hombre hecho de barro, que rueda por las tareas de este mundo y que se estrella en la fuente, cuando la muerte lo disuelve. Entonces pierde las aguas de la concupiscencia que había sacado del pozo de las vanidades mundanas. Por el cántaro se entiende la concupiscencia. Por eso se lee en el Evangelio de Juan (4,28): *La samaritana, oyendo hablar al Señor, arrojó el cántaro.*

Cuando el rico muere tendido sobre sus riquezas, bien se puede decir que el cántaro se estrelló sobre la fuente, porque ese miserable hombre muere al mismo tiempo que la fuente de su concupiscencia. Por pozo se entiende la acumulación de las riquezas. Jeremías (2,13) nos amonesta: *Me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron cisternas que no pueden contener el agua.* Entonces la roldana se rompe sobre el aljibe, cuando el hombre codicioso no suelta las riquezas, sino que muere en medio de ellas.

Entonces el polvo retorna a la tierra de la cual había venido. Al primer hombre se le dijo: *Eres polvo, y al polvo vas a volver* (Gn. 3,19). Se dice «polvo», porque es impulsado por la fuerza del viento. (Mientras el cuerpo regresa a la tierra), *el espíritu retorna a Dios que lo creó,* ya que no es mugrón de vid terrenal. Dios creó el alma y le infundió gratuitamente las virtudes, para que lo reconociera como su Creador, y reconociéndolo lo amara, y amándolo lo honrara, y honrándolo mereciera gozarlo.

Todo esto concuerda con lo que dice san Pablo en la pri-

mera carta a los corintios (12,4-6): *Hay diferentes dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo; hay diversos ministerios, pero el Señor es el mismo; hay diversidad de obras, pero es el mismo Dios que obra todo en todos.*

Los dones, dice el apóstol, son las virtudes dadas gratuitamente por Dios, o sea, la fe, la esperanza y la caridad. Dios nos las infunde, nosotros las administramos; pero es siempre El quien obra. Aunque diga: *Espíritu, Señor y Dios,* se entiende que es totalmente la misma sustancia, pero Trinidad en las personas, *que obra todo en todos.* No atribuye todo a una persona, sino que nos dice que la Trinidad obra todo en todos, para enseñarnos que, lo que uno no tiene en sí mismo, lo tiene en el otro, y así se afirman la caridad y la humildad.

Te suplicamos, pues, señor, tú que eres Uno y Trino, que cuando lleguen los días de la tristeza y de la última incineración y se quebrante el cordón de plata, el alma, que creaste, retorne velozmente a ti; que tú la liberes del asedio de los demonios y que la recibas de manera que merezca volar a la libertad y a la gloria de los hijos de Dios. Lo lograremos con la ayuda de ti, que eres el Dios Uno y Trino, bendito por los siglos de los siglos. ¡Amén!

(X domingo después de Pentecostés: II,43-47)

6. El Espíritu Santo, don del Padre y fuente de luz

Los apóstoles quedaron llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar idiomas distintos, en la medida que el Espíritu Santo les concedía expresarse (He. 2,4).

Quedaron llenos del Espíritu Santo. Es El, únicamente El, el que llena el alma, a la que, de ninguna manera, el mundo podría llenar. No reciben a otro Espíritu, porque lo que está colmado no puede recibir aumento. Por esto se dijo a la bienaventurada María: *Ave, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú entre las mujeres* (Lc. 1,28).

Observa que la expresión: «El Señor está contigo», está

puesta entre «llena de gracia» y «bendita tú entre las mujeres», para señalar que el Señor posee en su interior la plenitud de la gracia y, en lo exterior, hace obras santas y benditas.

Con toda razón, después de «llena de gracia», se dice: «El Señor está contigo», porque, como sin Dios nada podemos hacer ni poseer, así sin El tampoco podríamos guardar lo que tenemos. Por eso, después de la gracia, es necesario que el Señor esté con nosotros y guarde lo que solo El nos dio. Al darnos la gracia, El nos previene; pero quiere que, al guardarla, colaboremos también nosotros con El. Al leer el Evangelio de Mateo (26,40-41), se tiene la impresión que el mismo Señor exija de nosotros esta diligente vigilancia: *¿No han podido velar una hora conmigo? Velen y oren, para no caer en la tentación.*

Bien, pues, se dice: *Y todos quedaron llenos del Espíritu Santo.* Y en el Evangelio de Pentecostés, el Señor dice a este propósito: *El Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todas mis enseñanzas* (Jn. 14,26). El Padre envió al Espíritu Consolador, en nombre del Hijo y para su gloria, precisamente para manifestar la gloria del Hijo. El les *enseñará*, para que sepan, y El les *sugerirá,* para que quieran. En efecto, la gracia del Espíritu Santo da el saber y el querer.

Por esto en la Misa de hoy se canta: «Ven, oh Espíritu Santo, y llena los corazones de tus fieles», justamente para que tengan el saber, y «enciende en ellos el fuego de tu amor», para que quieran llevar a cabo lo que saben. Igualmente se canta: «Envía a tu Espíritu y serán creados» por tu saber, y «renovarás la faz de la tierra», por medio de tu buena voluntad.

* * *

Y se pusieron a hablar idiomas distintos, según el Espíritu Santo les concedía expresarse. El que está lleno del Espíritu Santo, habla varios idiomas. ¿Qué son los varios idiomas? Son los distintos testimonios acerca de las virtudes de Cristo, como: humildad, pobreza, paciencia, obediencia... que nosotros hablamos, cuando las mostramos a los demás en nuestra

vida. El lenguaje es vivo, cuando hablan las obras. ¡Que cesen, pues por favor, las palabras, y que hablen las obras! Estamos saturados de palabras, pero vacíos de obras; por eso el señor nos maldice, como maldijo a la higuera, en la que no halló frutos, sino sólo hojas (Mt. 21,19). «La ley está dada al predicador, para que practique lo que predica. Inútilmente se jactaría del conocimiento de la ley, el que destruye la doctrina con sus obras» (San Gregorio).

Los apóstoles hablaban, *según el Espíritu Santo les concedía expresarse.* ¡Dichoso aquel que habla, según lo que le sugiere el Espíritu Santo, y no según sus impulsos! Hay algunos que hablan según su espíritu; roban las ideas de los demás, y las proponen como suyas y se atribuyen la autoría.

«Ven, Espíritu Santo; llena los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor».

(Domingo de Pentecostés: I,381-382 y 384)

7. El Espíritu Consolador en la problemática de la vida

El Señor contra los males de la angustia, del pecado y del error, envió al Espíritu Santo, que es el Consolador de verdad, Consolador contra la angustia, Espíritu contra la culpa, verdad contra el error. El nos consuela en las estrecheces de la tribulación. Ya lo ponderaba Isaías (43,2): *Si atraviesas un río, yo estaré contigo, y no te arrastrará la corriente; si pasas a través de las llamas, no te quemarás y ni siquiera te chamuscarás.*

Observa estas cuatro palabras: aguas, ríos, fuego y llama. Las aguas son la gula y la lujuria; los ríos, la prosperidad de este mundo; el fuego, las adversidades; las llamas, la malicia de las tentaciones diabólicas.

La mente, que el Espíritu Santo fortalece con el fuego de la caridad, no puede ser deshecha ni por las aguas de la gula y de la lujuria, ni por los ríos de la prosperidad mundana. Era eso lo que afirmaba Salomón en el Cantar (8,6-7): *Ni los océanos ni los ríos pueden apagar el amor o ahogarlo. Sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas.*

También la mente, inflamada por el Espíritu santo, no puede ser destruida ni por el fuego de las adversidades ni por las llamas de la persecución diabólica. *«El mismo Espíritu* –dice el profeta Daniel (3,49-50)– *empujaba fuera del horno la llama de fuego, y en medio del horno soplaba como una frescura de brisa y de rocío.*

* * *

Igualmente, el Señor envió al Espíritu contra el pecado, para dar nueva vida al alma. En el Génesis (2,7) se lee: *El Señor sopló en su rostro el aliento de vida, y el hombre llegó a ser un ser viviente.* El aliento de vida es la gracia del Espíritu Santo. Cuando Dios la sopla en el rostro del alma, sin ninguna duda la resucita de muerte a la vida.

* * *

Y se lo llama también Espíritu de verdad contra los errores del mundo, porque la verdad los expulsa. Por eso dice Joel (2,23-24): *Hijas de Sión, alégrense y gócense en su Señor Dios, porque les dio un doctor justo, y les dará la lluvia temprana y tardía* (o sea, en otoño y primavera); *las eras se llenarán de trigo, y los lagares desbordarán de vino y de aceite.*

¡Bendito sea, pues, el Señor nuestro Dios, Hijo de Dios, en el que nosotros, los hijos de Jerusalén, o sea, de la Iglesia militante y triunfante, debemos exultar en el corazón y alegrarnos en las obras, porque nos ha dado un maestro, que enseña lo que es justo, el Espíritu de gracia, que nos enseña a dar a cada uno lo que justamente se le debe! El hizo descender sobre nosotros la lluvia matutina, o sea, la compunción por nuestros pecados, y la lluvia tardía, o sea, la compunción por los pecados ajenos. En efecto, el que piadosamente llora por los pecados ajenos, lava perfectamente los propios. En la venida del maestro de justicia, las eras, o sea, las mentes de los fieles, se llenaron con el trigo de la fe, y los lagares, o sea, sus corazones, desbordaron con el vino de la compunción y el aceite de la devoción.

Con razón se dice: *Cuando venga el Consolador, que yo enviaré desde el Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, dará testimonio de mí. Y ustedes también serán mis testigos, porque estuvieron conmigo desde el comienzo.*

En el corazón de los fieles, el Espíritu de verdad da testimonio de la encarnación, de la pasión y de la resurrección de Cristo. Y nosotros también debemos dar testimonio a todo hombre que Cristo se encarnó, murió de veras y de veras resucitó.

* * *

Muéstranos, Señor, la luz de tu rostro (S. 4,7). Y como el rostro del Señor, en nosotros, se reforma y en última instancia se conserva por el amor, por eso añade el apóstol Pedro (I. 4,8): *Ante todo, haya entre ustedes un amor sin fallos, porque el amor cubre la multitud de pecados.*

Como Dios es el principio de todo, así el amor, virtud principal, ha de guardarse por encima de todo; y si el amor es mutuo y perseverante, cubre la multitud de pecados. El amor ha de ser mutuo, o sea, de uno a otro y comunitario; y continuo, o sea, que no falle ni en las adversidades ni en las prosperidades, sino que sea perseverante y duradero hasta el fin.

El amor es el Consolador, el Espíritu de verdad. Como el aceite cubre los demás líquidos, así el Consolador cubre la multitud de pecados. Pero observa que si se sopla hacia afuera, todo lo que estaba oculto vuelve a aparecer. Así si la gracia de Dios, que cubre la multitud de los pecados mediante la penitencia, fuera soplada lejos por la reiteración del pecado mortal, lo que ya estaba perdonado vuelve, ya que *«el que falta en un solo punto de la ley, o sea, contra el precepto del amor, se hace culpable de todo* (St. 2,10).

¡Que el Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo, se digne cubrir con su amor la multitud de nuestros pecados! ¡Y que a El sea honor y gloria por los siglos de los siglos! ¡Amén!

(VI domingo después de Pascua: I, 360-361 y 363-364)

8. La Virgen rocío y aurora

Yo seré como rocío para Israel; *florecerá como un lirio y extenderá sus raíces como cedro; se expandirán sus ramas; tendrá la magnificencia del olivo y la fragancia del Líbano* (Os. 14,6-7).

1. El rocío.

El Hijo de Dios se compara al rocío por tres características: el rocío cae muy de mañana, desciende suavemente y aporta refrigerio al ardor.

Así el Hijo de Dios, en la mañana de la gracia, descendió en la Virgen, a semejanza de lo que se lee en el Exodo (16, 13-14 y 31): *Por la mañana, en la superficie del desierto, apareció un rocío menudo y granuloso, como machacado en el mortero, y semejante a la escarcha* –entiende el maná–; *y su sabor era el de la flor de harina amasada con miel.*

El desierto es símbolo de la bienaventurada Virgen, de la que dice Isaías (16,1): *Envia, oh Señor, al cordero,* y no un león, que tenga dominio sobre la tierra, y no la devaste, *desde la piedra del desierto,* o sea, desde la bienaventurada Virgen, *al monte de la hija,* o sea, a la Iglesia que es la hija, *de Sión,* o sea, de la Jerusalén celestial.

La bienaventurada Virgen es llamada *piedra del desierto: piedra* porque no arable, en la que la serpiente, que ama la oscuridad, o sea, el diablo, *no pudo dejar huella,* como dice Salomón (Pr. 30, 18-19). Se la llama también piedra *del desierto,* porque intacta, no fecundada por hombre, sino por obra del Espíritu Santo.

Retomemos, pues: *Apareció el rocío,* o sea, el Hijo de Dios, *en el desierto,* o sea, en la bienaventurada Virgen. El fue maná *menudo* en su concepción y en su nacimiento, y como *machacado en el mortero,* flagelado con látigos, abofeteado, escupido, durante la pasión. Era *sejemante a la escarcha por el suelo* a través de la predicación de los apóstoles, como proclama el Salmo (18,5): *El sonido de su voz se propagó por toda la tierra.* Su *sabor* será para nosotros *dulce como flor de harina amasada con miel,* o sea, de la humanidad unida a la divinidad, en la

felicidad de la patria celestial. Diga, pues, el Hijo de Dios: *Será como rocío,* en la mañana de la gracia, descendiendo suavemente en la Virgen, como dice el profeta (S. 71,6): *Descendió como lluvia sobre el vellón y como agua que cae goteando sobre la tierra.*

Observa que el modo como cae la lluvia es distinto de como cae el granizo. La lluvia desciende suavemente aportando fecundidad; en cambio, el granizo desciende con violencia aportando esterilidad. En su primera venida, Cristo descendió como una lluvia en el vellón, la Virgen; en la segunda venida, será como granizo y harina a los impíos con sentencia de muerte.

Por eso dice David (S. 148,8): *El fuego y el granizo, la nieve y el viento tempestuoso ejecutan su palabra.* El fuego quemará sin consumirse, como se lee en Mateo (25,41): *Vayan, malditos, al fuego eterno.* El granizo golpeará, y por eso Jeremías (30,23): *La tempestad irrumpirá sobre las cabezas de los impíos.* La nieve tragará, y de ella dice Job (6,16): *El que teme la escarcha,* o sea, el sufrimiento de la penitencia, *será embestido por la nieve* de la muerte eterna. El hielo apretará como un torniquete, y el viento tempestuoso no tendrá tregua. Estas penas serán *la porción del cáliz,* es decir, los castigos de los que beben del cáliz de oro de Babilonia, o sea, del mundo, cáliz empuñado por la prostituta, la concupiscencia carnal.

En su primera venida, el Hijo de Dios descendió como lluvia sobre el vellón, según relata el libro de los Jueces (6,37-38), en el que leemos que *el rocío descendió sobre el vellón de Gedeón.* San Bernardo comenta así este pasaje: «El Hijo de Dios se infundió completamente en el vellón, o sea, la Virgen, para regar más adelante el área seca, o sea, el mundo».

2. La oveja de lana y leche

El Hijo de Dios vino para hacerse un vestido con la lana de la oveja, o sea, la Virgen, llamada oveja por su inocencia. Es Ella nuestra Raquel, que significa «oveja», que el verdadero Jacob (Cristo) halló junto al pozo de la humildad, como se lee en el libro del Génesis (29,10). Se podría también decir que la

oveja sea Adán, del que está escrito (S. 118,176): *Anduve vagando como oveja descarriada.*

En los tratados de cosas naturales se dice que, cuando se prepara un vestido con lana de oveja despedazada por el lobo, ese vestido se pudre por los gusanos. Así la lana de nuestra carne que recibimos de la oveja, o sea, del primer progenitor Adán, despedazada por el lobo, el diablo, pulula de gusanos de la concupiscencia y se pudre. Pero Cristo, queriendo purificarnos de toda contaminación del cuerpo y del espíritu, asumió una lana intacta, que tenía la oveja antes de ser despedazada por el lobo. Por esto dice de él Isaías (7,15): *Comerá manteca y miel.*

Observa que la oveja produce dos cosas: la manteca y el queso. La manteca es dulce y gorda, el queso árido y seco. La manteca significa la naturaleza inocente, como era antes del pecado; el queso simboliza la pena y la aridez que tuvo después del pecado. Se dijo, en efecto (Gen. 3,17): *Sea maldita la tierra,* o sea, la carne, *en tu obra,* o sea, por tu obra que es el pecado. Ella *germinará espinas y zarzas,* o sea, te afligirá punzadas graves y leves. Por eso se dice que Cristo no comió queso, sino manteca, porque asumió nuestra naturaleza como era antes del pecado de Adán, y no como fue después del pecado. No asumió el saco, sino el mérito del saco; o sea, asumió la pena del pecado, no el pecado.

Jesús fue, además, la abeja que se posa en la flor, es decir, en la bienaventurada Virgen de Nazaret, que significa «flor». De esta abeja dice el Eclesiástico (11,3): *La abeja es uno de los más pequeños insectos, pero la miel que produce tiene exquisita dulzura.* En la primera venida trajo la miel de la misericordia, pero en la segunda perforará con el aguijón de la justicia. Dice el profeta (S. 100,1): *Proclamaré, Señor, tu misericordia y tu justicia.*

3. El anuncio del ángel y el zafiro

Así se ve expresado con claridad como Cristo descendió suavemente como lluvia en el vellón. De esta suavidad se habla en el tercer libro de los Reyes (19,11-12): *Hubo un huracán tan violento que hendía los cerros y quebraba las rocas;*

pero el Señor no estaba en el huracán. Después hubo un terremoto, pero el Señor no estaba en el terremoto. Después brilló un rayo, pero el Señor no estaba en el rayo. Y, después del rayo, se sintió un murmullo de suave brisa; y allí estaba el Señor.

Estas cuatro cosas se hallan en el Evangelio de hoy, de la Anunciación. El huracán violento fue el saludo del ángel, que prometió grandes cosas, anunciadas por Gabriel, que significa «fortaleza», a una mujer fuertísima. Este saludo hendió los cerros de la soberbia y quebró las rocas, o sea, las dudas de la mente humana. Las cuatro partes que se hallan en este saludo corresponden a las cuatro propiedades del zafiro.

El zafiro parece reflejar una estrella, y con esta propiedad concuerdan las palabras (Lc. 1,28): *Dios te salve, llena de gracia.* Tiene color etéreo, y con esto concuerdan las palabras: *El Señor está contigo.* Tiene la propiedad de restañar la sangre y con esto concuerdan las palabras (Lc. 1,42): *Bendita tu eres entre las mujeres,* que restañó la sangre de la primera maldición. Igualmente, el zafiro mata el carbunclo, y a esta propiedad se adaptan las palabras: *Bendito el fruto de tu vientre,* que mató al diablo.

Se dice, pues, con razón: *Hubo un huracán violento, pero el Señor no estaba allí,* o sea, la encarnación del Verbo de Dios. Y, después del huracán del saludo, la conmoción: *María se turbó por aquellas palabras, y pensaba qué significaba tal saludo; pero tampoco allí estaba el Señor,* o sea, la encarnación del Verbo.

Después de la conmoción, brilló el fuego, o sea, la venida del Espíritu Santo y el poder del Altísimo que la cubría con su sombra; pero *tampoco allí estaba el Señor.* En fin, después del fuego, *se sintió un soplo de suave brisa,* o sea, *He aquí la esclava del Señor; y allí estaba el Señor,* o sea, la encarnación del Hijo de Dios. Cuando la Virgen dijo: *Hágase conmigo según tu palabra,* inmediatamente *el Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros* (Jn. 1,14).

4. El rocío lleva refrigerio

Como el rocío lleva refrigerio, así el Hijo de Dios hizo llo-

ver agua refrigerante sobre el género humano, puesto bajo el ardor de la persecución diabólica. Dice Salomón (Pr. 25,25): *Como agua fresca para una garganta seca, es una buena noticia que llega de un país lejano.*

Buen embajador que trae buenas noticias, fue Jesucristo, que ofreció en gran abundancia el agua refrigerante de su encarnación al alma de Adán y a su descendencia, jadeante por el ardor de la gehena. Esto lo logró cuando, *en la sangre de su testamento los sacó del lago, en el que no había agua refrescante,* como dice Zacarías (9,11) (Posible cita de memoria). Y el Hijo dice en Oseas: *Yo seré como el rocío,* que desciende suavemente por la mañana y trae frescura.

5. Floreció como el lirio

Israel florecerá como un lirio. Israel, que significa «el que ve al Señor», es la bienaventurada Virgen María, que vio al Señor, porque lo crió en su regazo, lo amamantó con sus pechos y lo llevó a Egipto. Ella, cuando el rocío se posó sobre Ella, germinó como lirio, cuya raíz es medicinal, el tallo sólido y recto, y la flor blanca y de cáliz abierto.

La raíz de la Virgen fue la humildad, que doma la hinchazón de la soberbia; su tallo fue sólido por el desapego de todas las cosas creadas, y fue recto por la contemplación de las realidades supremas; su flor fue blanca por la blancura de la virginidad, y su cáliz abierto y dirigido hacia el propio origen, al decir: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.*

Este lirio germinó cuando, permaneciendo intacta la flor de la virginidad, Ella dio a luz al Hijo de Dios Padre. Como el lirio no arruina la flor por el hecho de despedir el aroma, así la bienaventurada Virgen María no perdió su flor por el hecho de dar a luz al Salvador.

6. Intención pura y fragante

Extenderá sus raíces como cedro del Líbano y se expandirán sus ramas. La raíz del lirio es la intención del corazón, que si es sencilla –como dice el Señor (Lc. 11,34): *si tu ojo,* o sea, la intención del corazón, *es sencillo,* sin pliegues de em-

bustes–, *sus ramas se expandirán,* porque sus obras se elevarán hacia lo alto; y así *todo el cuerpo,* o sea, el fruto de su obra, *será luminoso.*

La intención de la Virgen fue de veras purísima y fragante, y de esa raíz brotaron las ramas de las obras, rectilíneas y elevándose hacia lo alto. Y observa que esta raíz de la intención es llamada raíz del Líbano, porque de la pureza de la intención proceden el incienso y el aroma de la buena fama.

7. Arco iris de paz

Tendrá la magnificencia del olivo, que es símbolo de paz y de misericordia. La Virgen, nuestra mediadora, restableció la paz entre Dios y el pecador. Por esto de Ella se dice en el Génesis (9,13): *Pondré mi arco iris en las nubes del cielo, que será señal de mi alianza con toda la tierra.*

El arco iris es bicolor, acuoso e ígneo. En el agua que todo lo nutre, está simbolizada la fecundidad de la Virgen; y en la llama, que ni la espada puede herir, su inolvidable virginidad. Este es el signo de la alianza de paz entre Dios y el pecador.

Ella es también el olivo de la misericordia. Por esto exclama san Bernardo: «Oh hombre, tienes seguro acceso al Señor, porque la Madre está por ti delante del Hijo, y el Hijo delante del Padre. La Madre muestra al Hijo el seno y los pechos, el Hijo muestra al Padre el costado y las llagas. No puede haber ninguna repulsa allí, donde se hallan tan grandes testimonios de amor».

8. La fragancia del Líbano

Y tendrá la fragancia del Líbano. Líbano significa «blancura», y significa el candor de la inocente vida de la Virgen, cuyo aroma, difundido por todas partes, devuelve a los muertos la vida, a los desesperados el perdón, a los penitentes la gracia, a los justos la gloria.

Por las oraciones y los méritos de la Virgen, nos sea concedido que el rocío del Espíritu Santo traiga refrigerio al ardor de nuestro espíritu, nos otorgue el perdón de los pecados y nos conceda la gracia de merecer llegar a la gloria de la vida eterna

e inmortal, por el don de Aquel que es bendito por los siglos de los siglos. ¡Amén!

(En la Anunciación: II,114-120).

9. Anunciación de Santa María

En el Evangelio de san Lucas (1,26...) leemos: *«En aquel tiempo el ángel Gabriel fue enviado por Dios...* En este Evangelio se destacan tres cosas: la misión de Gabriel a la Virgen, el anuncio de la concepción del Señor y la venida del Espíritu Santo.

A. La misión de Gabriel a la Virgen

1. Fue enviado el ángel Gabriel. Gabriel significa «Dios es mi consuelo». De ello dice Isaías (35,4): *Digan a los de corazón apocado: ¡Animo, no teman! Dios mismo vendrá y los salvará.* Solemos, sobre todo, confortar a tres clases de personas: los enfermos, los abatidos y los tímidos. Así era el género humano: estaba arruinado por una dolencia de cinco mil años y no hallaba remedio alguno; había sido alejado de las delicias del paraíso y temía continuamente al diablo, que con una mano lo flagelaba y con la otra lo arrastraba al infierno. Pero, gracias a Dios, llegó el consuelo, que curó al enfermo, colmó de delicias al afligido y dio seguridad al tímido. *Fue enviado el ángel Gabriel,* buen embajador de una tierra lejana, como agua fresca para un espíritu sediento. He aquí el consuelo para un espíritu sediento, que languidece a causa de la sed y por la languidez desfallece: el agua fresca, el agua de la sabiduría y de la salvación.

¿A dónde es enviado? *A una ciudad de Galilea,* que se interpreta «rueda» o «transmigración». Los que afanan en estas dos cosas, necesitan consuelo. Se dice «rueda» porque rueda. El género humano rodaba de pecado en pecado, y después transmigraba al infierno. De ahí Jeremías (Lm. 1,3): *El pueblo*

de Judá ha sido desterrado; sufre atropellos y dura servidumbre; vive en medio de extranjeros y no encuentra descanso; todos sus perseguidores lo alcanzaron y lo apretaron.

El género humano pasaba de la servidumbre del pecado a la condenación del infierno. En tanta congoja era necesario el consuelo, para convertir a la vida la rueda que rodaba hacia la muerte, y para que hubiere la transmigración a la gloria. Por esto *Jesús los precederá en Galilea, y allí ustedes le verán.*

Su nombre era Nazaret, que se interpreta «flor», o unción, o consagración, porque allí vivió la flor de la virginidad, la unción de la gracia de los siete dones, la consagración de la Virgen gloriosa.

2. Fue enviado a una Virgen. Algo semejante se lee en el Génesis (24,15-16): *Rebeca era una doncella de aspecto muy hermoso, virgen y no había tenido contacto con ningún hombre.* Rebeca, que se interpreta que «recibió mucho», es un símbolo de la Virgen, que en Verdad recibió mucho, porque concibió al Hijo de Dios. Su esplendor lo proclama su mismo Hijo en el Cantar de los Cantares (6,3): *Tú eres hermosa, amiga mía, suave y encantadora como Jerusalén.* La Virgen es hermosa por su humildad, amiga por su caridad, suave por su contemplación, encantadora por su virginidad, como la Jerusalén celestial, en la que habita Dios, y su habitación es virginal. Dice el Eclesiástico (24,12): *El que me creó, descansó en mi tabernáculo,* o sea, en mi seno.

Virgen desposada a un hombre, de nombre José. He aquí el comentario de san Beda: «Cristo quiso nacer de una desposada, para que a través de José fuera establecido el orden de las generaciones, y para que la Virgen no fuera apedreada como adúltera, recibiera el apoyo del varón y lo tuviera como testigo de su integridad, y para que el diablo ignorara el misterio». Como el antiguo José es llamado salvador de Egipto, porque lo salvó del hambre, así este José salvó a la Virgen de la infamia. El Señor prefirió que algunos dudaran de su nacimiento antes que dudaran del pudor de su Madre. Sabía bien que la fama del pudor es resbaladiza.

De la casa de David. Esta frase no sólo se refiere a José, sino también a la Virgen, ya que ambos son de la casa de Da-

vid. El Señor ordena en el libro de los Números (36,7-8): *Todos los varones se casarán con mujeres de su tribu y de su parentesco, y todas las mujeres tendrán maridos de su misma tribu.*

El nombre de la Virgen era María. Es un nombre dulce, nombre delicioso, nombre que consuela al pecador y nombre de dichosa esperanza. ¿Qué es María, sino estrella del mar, o sea, claro itinerario hacia el puerto para los que fluctúan en las amarguras? Es un nombre amable para los ángeles, terrible para los demonios, saludable para los pecadores y suave para los justos.

3. Entró el ángel a su casa. La Virgen estaba en su casa, a la cual entró el ángel, entregada a la oración o a la contemplación; estaba a solas y buscaba la soledad. De Ella habla Oseas (2,14): *La llevaré a la soledad y hablaré a su corazón.*

Ave, sin el triple «vae» o ay, de que habla el Apocalipsis (8,13): *«Ay, ay, ay de los que moran en la tierra.* La Virgen no sufrió ni la concupiscencia de la carne, ni la concupiscencia de los ojos, ni la soberbia de la vida, porque era casta, pobre y humilde.

Llena de gracia. La Virgen fue la primera entre las mujeres en ofrecer a Dios el glorioso don de la virginidad; igualmente mereció gozar de la visión y del coloquio con el ángel, porque dio al mundo al Autor de toda gracia. *Llena de gracia,* porque *el aroma de tus perfumes no se puede comprar con ningún otro. Tus labios, en los que está derramada la gracia, destilan miel pura* (Ct. 4,10-11; S. 44,3).

El Señor está contigo. El Señor elevó a la Virgen a las cosas celestiales a través de un nuevo amor de la castidad y, después, mediante su naturaleza humana, la consagró con toda la plenitud de la divinidad. *El Señor está contigo. Mi amado es para mí un manojo de mirra* (Ct. 1,13); y por esto está llena del vino de la gracia.

Bendita tú entre las mujeres. Concuerda con el libro de los Jueces (5,24): *Bendita tú entre las mujeres, Jael,* que se interpreta «esperando en Dios», *y seas bendecida en tu tienda.* A todas luces, la Virgen es bendita, porque Ella esperó la bendición de todos y, esperando, la recibió. De veras bendita, por-

que no fue ni estéril ni impura: fecunda sin sonrojo, grávida sin gravamen, madre sin dolor. Ella, sin otro ejemplo de la condición femenina, fue a la vez virgen y madre y engendró a Dios.

4. Al oírlo, la Virgen se turbó. Concuerda con Juan (5,4): *Un ángel descendía de vez en cuando a la piscina, y agitaba el agua.* El movimiento del agua simboliza la turbación de María a causa de la visión angélica y del extraño saludo.

La Virgen pensaba qué significaba aquel saludo. Se turba por el recato y por prudencia se asombra ante la nueva fórmula de bendición; en cambio, *el que se confía fácilmente muestra ligereza* (Ecli. 19,4). Se destaca una hermosa fusión de recato y prudencia, para que el recato no sea afeminado ni la prudencia atrevida.

No temas, María. La llama familiarmente por nombre como a pesona conocida, y le manda que no tema, porque *«hallaste gracia delante de Dios».* Concuerda con Ester (5,2): *El rey Asuero, al ver a la reina Ester de pie, impresionado por su belleza, tendió hacia ella,* en señal de benevolencia, *su bastón de oro, que tenía en la mano. Ella se acercó y besó la punta del bastón.*

Asuero, que se interpreta «beatitud», es un símbolo de Dios, beatitud de los ángeles, a quien agradó nuestra reina Ester, que se interpreta «preparación en el tiempo» de nuestra salvación. Tendió hacia Ella el bastón de oro de la gracia celestial, cuando la colmó de gracia más que a los demás; y ella no se mostró ingrata por tanta gracia, sino que se acercó con humildad y fue besada por el amor.

B. El anuncio de la concepción del Señor

5. El anuncio de la encarnación del Señor está señalado por las palabras: *He aquí que concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo.* Comenta san Bernardo: «El milagro es doble, pero elegantemente enlazado: Dios como Hijo y la Virgen como Madre; a una Madre Virgen no convenía otro hijo, ni a Dios Hijo convenía otro parto». Observa que Cristo fue concebido en Nazaret, nace en Belén, y es crucificado en Jerusalén

en un lugar prominente. Igualmente Cristo es concebido en la humildad, nace en la caridad que es la casa del pan, y es crucificado en una exaltación.

6. Y llamarás su nombre Jesús. Observa que cinco personas fueron elegidas por Dios antes de ser concebidas en el seno. El primero fue Isaac, del que se lee en el Génesis (17,19): *Sara, tu esposa, te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac.* El segundo fue Sansón, del que se lee en los Jueces (13,3): *«Dijo el ángel a la esposa de Manoá: concebirás y darás a luz un hijo.* El tercero fue Josías, del que se habla en el tercer libro de los Reyes (13,2): *He aquí que nacerá un hijo para la casa de David, de nombre Josías.* El cuarto y el quinto fueron Juan el Bautista y Jesucristo. En estas cinco personas se destacan cinco géneros de elegidos.

En Isaac, que se interpreta «risa», están simbolizados los caritativos, cuyas mentes están siempre sonrientes. Por esto dice Job (29,24): *Si les sonreía, no se atrevían a creerlo, y recibían agradecidos cualquier señal de benevolencia de mi rostro.* El rostro del alma es la razón, cuya luz es la gracia, como está escrito en el Salmo (4,7): *Señor, la luz de tu rostro nos ha alumbrado.*

El caritativo sirve con devoción sonriente; pero los detractores no creen, sino que, más bien, critican; sin embargo, su lucidez no debe desperdiciarse sin que se transforme en luz de la mente y en gozo del corazón.

En Sansón, que se interpreta «sol para ellos», están simbolizados los predicadores de la palabra de Dios, que con su palabra y su ejemplo deben ser un sol para aquellos a quienes predican. *Ustedes son la luz del mundo* (Mt. 5,14). El sol es fuente de calor y de luz. En los predicadores la vida y la doctrina deben ser como dos ríos que, nacidos de ellos como de fuente, deben fluir hacia los demás. La vida ha de ser una doctrina cálida y luminosa.

En Josías, que se interpreta «lugar del incienso o del sacrificio», están simbolizados los verdaderos religiosos, en los que se manifiestan el incienso de la oración devota y el sacrificio de la mortificación de la carne, como se lee en Daniel (3,39-40): *Nos presentamos con alma contrita y espíritu humi-*

llado, esperando ser acogidos en tu presencia y que nuestro sacrificio te agrade plenamente.

En Juan el Bautista están simbolizados todos los penitentes y los buenos seglares, que en el Jordán, o «río del juicio», se bautizan y se santifican a través de las lágrimas, la confesión, la liberalidad de las limosnas y demás obras de misericordia.

En Jesús Salvador están simbolizados los buenos prelados, de los que habla Abdías (1,21): *Subirán salvadores al monte de Sión, para gobernar a los cerros de Esaú. Entonces el Señor reinará.* El monte de Sión es la excelencia de una buena vida, que los prelados deben ascender; y así podrán juzgar, es decir, condenar, a los cerros de Esaú, o sea, la soberbia de los hombres carnales; de esa manera en sí mismos y desde sí mismos preparan para el Señor un reino. ¡Amén!

C. Venida del Espíritu Santo

7. **¿Cómo será esto, pues no conozco varón?** Es evidente que, la que busca cómo sucedería, cree que deba ser cumplido. Busca como sucedería, ya que había prometido en su ánimo que no conocería varón, a menos que Dios no dispusiera de otra manera. He aquí la glosa de san Ambrosio: «Cuando Sara se rió de la promesa de Dios y María preguntó: ¿Cómo será esto?, ¿por qué no se volvieron mudas, como Zacarías? Sara y María no dudan de que debe cumplirse lo que se ha prometido, pero preguntan acerca de la modalidad. En cambio, Zacarías niega saberlo, niega creerlo y busca a otro garante de su creencia. Por esto recibe el signo de callar, porque los signos están dados no para los creyentes, sino para los incrédulos».

El ángel respondió: El Espíritu Santo descenderá sobre ti. El que antes había dicho: *llena de gracia,* y ahora dice: *descenderá,* nos hace comprender que, si se añade algo a un frasco lleno, desborda, así algunas gotas de su gracia desborden en nosotros. Al descender el Espíritu Santo en la Virgen, purificó su mente de la inmundicia de los vicios, para ser digna de un parto celestial, y en su seno y con su carne creó el cuerpo del Redentor.

El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. En ello se

manifiesta la doble naturaleza del Salvador, porque la sombra suele formarse con la luz contra un cuerpo opaco. La Virgen no podía recibir la plenitud de la divinidad, pero la virtud del Altísimo la cubre con su sombra. De esa manera la incorpórea luz de la divinidad recibió en Ella el cuerpo de la humanidad, para permitir así que Dios padezca.

El santo ser que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios. Jesús nace santo, porque no fue concebido por una relación de cópula carnal y porque vino para vencer la condición de la naturaleza corruptible. Nosotros, a pesar de ser compelidos por la condición de una naturaleza corruptible, por medio de la gracia podemos santificarnos. Convenía, pues, que aquella que contra la ley común concibiera como virgen, por encima de la ley común engendrara al Hijo de Dios.

Ahí tienes a tu parienta Isabel: en su vejez concibió un hijo. Para que la Virgen no desconfíe del parto, recibe la prueba de la estéril y anciana que va a dar a luz, para que aprenda que para Dios todo es posible, aunque fuere contrario al orden de la naturaleza.

8. Dijo María: He aquí la esclava del Señor. No se exalta por la singularidad del mérito, sino que, plenamente consciente de su condición y de la divina dignación, confiesa ser la esclava de Aquel de quien es elegida Madre, y con gran devoción opta para que se cumpla la promesa del ángel.

Hágase en mí según tu palabra. E inmediatamente fue concebido Cristo en la Virgen, totalmente hombre en el alma y en el cuerpo, pero sin que los rasgos de su cuerpo y de sus miembros puedan ser distinguidos por la vista. Se opina que fue concebido el ocho de abril y que igualmente murió el mismo día, pasados los treinta años de su vida.

9. Sermón moral o la concepción espiritual del Verbo

El ángel Gabriel fue enviado por Dios. Hemos escuchado cómo la bienaventurada María concibió al Hijo del Padre; ahora escuchemos brevemente cómo el alma concibe el espíri-

tu de salvación. La Virgen María es un símbolo del alma fiel: virgen por la integridad de la fe, de la que habla el apóstol Pablo (2 Co. 11,2): *Los he desposado con un solo esposo, para presentarlos como una virgen pura a Cristo.* María es la estrella del mar por la confesión de la misma fe: *Con el corazón se cree para la justificación:* he ahí a la virgen; Proclamar la fe con los labios lleva a la salvación (Rm. 10,10): he ahí a la estrella del mar, que lleva de las amarguras del siglo al puerto de la salvación eterna.

Esta alma habita en Nazaret de Galilea, o sea, en la flor de la transmigración. La flor es la esperanza del fruto. Espera, pues, transmigrar de la fe a la visión, de la sombra a la verdad, de la promesa a la realidad, de la flor al fruto, de lo visible a lo invisible. Por eso los pastores se dijeron unos a otros (Lc. 2,15): *Vamos a Belén,* porque allí encontraremos buenos pastos, el pan de los ángeles, el Verbo encarnado. Dice Isaías (32,14): *Gozo de los asnos monteses, pastor de los rebaños.* Los asnos monteses simbolizan a los justos; los rebaños, a los ángeles y el pasto es su luminosidad y felicidad. Todos comparten el gozo, porque pacen juntos, o sea, gozarán de la visión del Verbo encarnado.

A tal virgen es enviado el ángel Gabriel, que se interpreta «Dios es mi consuelo». En él se designa la inspiración de la gracia divina, que, si falta, el alma desfallece. Por esto suplica Judit (13,7-8): *Señor, Dios de Israel, dame fuerzas en este momento. Golpeó dos veces en el cuello de Holofernes, y le cortó la cabeza.* Holofernes se interpreta «debilitando al ternero gordo», y en él se entiende al pecador, que, cebado por la gordura de las cosas temporales y despojado de virtudes por el diablo, se debilita y se enferma. La cabeza de Holofernes significa la soberbia del diablo. Dice el Génesis (3,15): *Ella te herirá en la cabeza y tú le herirás en el calcañar;* que representa el fin de la vida. María quebrantó la soberbia del diablo a través de su humildad; pero él de alguna manera le hirió el calcañar a través de la pasión de su Hijo.

El que quiere alejar de sí la soberbia del diablo, debe golpearlos dos veces. El golpe doble es el recuerdo de nuestro nacimiento y de nuestra muerte. Al pensar seriamente en ellos,

extirpa de sí la soberbia del diablo, pero, antes, es necesario que pida la fuerza de la gracia divina. *Obren virilmente los que esperan en el Señor, y tome aliento su corazón* (S. 32,25).

El ángel entró a su casa. En ello se simboliza la soledad del alma, que habita consigo mismo, leyendo en el libro de la propia miseria y deseosa de la dulzura divina. Por eso merece escuchar el saludo: *Ave.* El nombre de Eva, que se interpreta «ay» o «calamidad», al transformarse, llega a ser *Ave.* Para un alma que vive en pecado mortal se aplica el nombre de Eva, signo de calamidad, pero, al convertirse a la penitencia, se le dice *Ave,* (señal de fiesta).

Llena de gracia. El que echa algún líquido en un frasco lleno, todo lo que echa, se pierde. Lo mismo sucede al alma. Si estuviere llena de gracia, no podría entrar en ella la inmundicia del pecado. La gracia ocupa todo el espacio y no deja ningún rincón libre, en el que pueda entrar o permanecer su contrario, el pecado. El que compra todo, anhela poseer todo. El alma tiene mucha dilatación y nadie puede colmarla más que Dios, quien es *mayor que nuestro corazón y lo sabe todo* (I Jn. 3,20). Un frasco bien lleno rezuma a todas partes. De manera semejante, todos nuestros sentidos reciben de esa plenitud del alma, como señala Isaías (66,23): *De un sábado procede otro sábado,* o sea, de la paz interior fluye la paz de los sentidos y de los miembros.

El Señor está contigo. Lo contrario dijo al pueblo judío (Ex. 33,3): *No subiré contigo, porque eres un pueblo de dura cerviz,* o sea, desobediente y soberbio. Como si dijera: subirá contigo, si fueras humilde. En cambio, promete al humilde (Is, 43,1-2): *Tú eres mi siervo; cuando pases por las aguas, yo estaré contigo, y los ríos no te anegarán; cuando pases por el fuego, no te quemarás y la llama no arderá en ti.* Las aguas simbolizan las sugestiones del diablo; los ríos, la gula y la lujuria; el fuego, el dinero o la abundancia de cosas temporales; la llama, la vanagloria. El siervo humilde, con el que está el Señor, atraviesa incólume las tentaciones del diablo, porque no está tapado ni por la gula ni por la lujuria. el que tiene la cabeza tapada, no puede ver, ni oler, ni hablar, ni oír bien. De la misma manera, el que está tapado por la gula y la lujuria, se priva

de la capacidad de contemplar, discernir, confesar y obedecer. El humilde, aunque camine por el fuego de las cosas temporales, no se quemará ni por causa de la avaricia ni de la vanagloria.

Bendita tú entre las mujeres. Se lee en las ciencias de la naturaleza que «las mujeres son más piadosas que los varones, más fácilmente lloran y tienen una memoria tenaz. En estos tres aspectos se notan la compasión del prójimo, el afecto de las lágrimas y el recuerdo de la pasión del Señor. Se lee en el Cantar (8,6): *Grábame como un tatuaje sobre tu corazón, como un tatuaje sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte,* o sea, tu amor por el cual murió. ¡Benditas sean aquellas almas que poseen estas tres cosas! Entre ellas es bendecida con una característica de bendición especial el alma fiel y humilde, llena de obras de caridad.

He aquí el fruto de esa bendición: *He aquí que vas a concebir y dar a luz a un hijo, cuyo nombre es Jesús.* Se lee en las ciencias naturales que a las mujeres grávidas les sobrevienen el dolor y la debilidad del apetito, y su vista se embota por la oscuridad. Algunas mujeres, después de haber concebido, aborrecen el vino, porque se debilitan por beberlo. Así le sucede al alma. Cuando, gracias a la obra del Espíritu Santo, concibe el espíritu de salvación, comienza a arrepentirse de los pecados, desdeñar las cosas temporales, disgustarse de sí misma –lo que está simbolizado en el debilitamiento del ojo, con el que solía mirarse–, y aborrecer el vino de la lujuria.

Por estos signos puedes ponderar, que el alma concibió el espíritu de salvación, al que parirá, cuando produzca por fuera la luz de las buenas obras. Se le da el nombre de salvación, porque todo lo que obra, lo obra con la intención de la salvación. Y se dice que la intención da el nombre a la obra. Obra, pues, para agradar a Dios, alcanzar el perdón de los pecados, edificar al prójimo y llegar a la salvación eterna. Que el Señor se digne concedérnosla, El que es el bendito por los siglos. ¡Amén!

(En la Anunciación de Santa María: III, 151-161).

10. Nos ha nacido un Niño; es el Hijo de Dios

Estando en Belén, le llegó a María el día en que debía dar a luz (Lc. 2,6). ¿Dónde? En Belén, que significa «casa del pan»; y María es la casa del pan. Y el Pan de los ángeles llegó a ser leche para los niños, para que los niños llegaran a ser ángeles. *Dejen,* pues, *que los niños vengan a mí, para que, del seno acogedor, tomen la leche hasta quedar satisfechos* (Lc. 18,16; Is. 66,11).

Observa que la leche es de sabor dulce y de aspecto agradable. De la misma manera Cristo con su dulzura atraía hacia sí a los hombres, como el imán al hierro. Por eso dice el Eclesiástico (24,29): *Los que me coman, tendrán hambre de mí; y los que me beban, seguirán sedientos de mí.* Además, la leche es de aspecto agradable, y es un símbolo de Cristo, *a quien desean contemplar los ángeles* (I Pe. 1,12).

Le llegó a María el día en que debía dar a luz. He ahí «la plenitud de los tiempos»; he ahí «el día de la salvación»; he ahí «el año de gracia». Desde el pecado de Adán hasta la llegada de Cristo fue un tiempo vacío. Por eso Jeremías dice: *Miré a la tierra y estaba vacía y llena de confusión* (4,23), ya que todo estaba devastado por el diablo. Eran días de dolor o de enfermedad, como dice el Salmo (40,4): *Trastornaste todo su lecho con la enfermedad.* Era un año de maldición, de la que habla el Génesis (3,17): *Maldita la tierra por tu culpa.*

Le llegó a María el día en que debía dar a luz. Y de la plenitud de este día todos nosotros hemos recibido bienes y gracias. Dice el Salmo (65,5): *Estaremos colmados con los bienes de tu casa.* Oh bienaventurada Virgen María, a ti sean toda alabanza y gloria, porque hoy con los bienes de tu casa, o sea, de tu vientre, estamos colmados. Antes, estábamos vacíos, pero ahora estamos llenos; antes, enfermos, ahora sanos; antes, malditos, ahora benditos, como lo insinuaba el Cantar (4,13): *Tus frutos son un paraíso.*

Y dio a luz a su hijo primogénito (Lc. 2,7).

He ahí la bondad, he ahí el paraíso. Corran, pues, los hambrientos, los avaros y los usureros, que quieren más al dinero que a Dios, y *compren sin dinero y sin canje alguno* (Is. 55,1)

el trigo que hoy la Virgen entregó desde el granero de su vientre.

Dio a luz un hijo. ¿Qué hijo? A Dios, Hijo de Dios. «¡Oh la más dichosa de entre todas las dichosas!, porque tuviste en común un Hijo con Dios Padre!» (San Bernardo). Si una pobre mujercita tuviera un hijo de un emperador, que por otra parte es un ser mortal, ¡cuánta gloria le sobrevendría! Una gloria muchísimo más grande le viene a la Virgen, que tuvo un hijo en común con Dios Padre.

Dio a luz a su hijo. «El Padre le dio la divinidad, la Madre la humanidad; el Padre la majestad, la Madre la debilidad humana» (San Agustín). *Dio a luz a su hijo,* que es el Emanuel, o sea, el Dios-con-nosotros. Y *si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?* (Rm. 8,31). Y, como dice Isaías (59,17): *El yelmo de la salvación está sobre su cabeza.* El yelmo es la humanidad, la cabeza la divinidad; y la cabeza escondida por el yelmo simboliza a la divinidad escondida en la humanidad. Debemos alejar de nosotros todo temor: la victoria está en nuestro poder, ya que el Dios armado está con nosotros.

Te cantamos nuestras gracias, oh Virgen gloriosa, porque por medio de ti Dios está con nosotros.

Dio a luz a su hijo primogénito, engendrado del Padre antes que todos los siglos, *el primogénito de los que resucitarán de entre los muertos, el primogénito entre muchos hermanos.* (Col. 1,18; Rm. 8,29).

Continúa el relato de Lucas (2,7): *Y lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre.*

¡Qué pobreza! ¿Qué humildad! ¡El dueño de todas las cosas es envuelto en humildes pañales, el rey de los ángeles yace en un pesebre! ¡Avergüénzate, oh insaciable avaricia! ¡Anonádate, oh soberbia humana! Además, observa que Cristo es envuelto en paños, tanto al comienzo como al fin de su vida. Se lee en el evangelista Marcos (15,46): *José de Arimatea compró un lienzo, luego bajó el cuerpo de Jesús de la cruz y lo envolvió en el lienzo.*

¡Feliz el hombre que guarda la inocencia bautismal, simbolizada en el lienzo blanco, hasta el fin de su vida! El antiguo

Adán fue echado del paraíso y *revestido con una túnica de piel* (Gn. 3,21), que cuanto más se lava, más se arruina. Con ello se quiere significar la sensualidad de Adán y de su descendencia. En cambio, Cristo, el nuevo Adán, fue envuelto en paños, cuya blancura representa para nosotros la pureza de su Madre, la inocencia del bautismo y la gloria de la resurrección universal.

* * *

Nos nació un niño, nos fue dado un hijo. Sobre sus espaldas tiene las insignias de la soberanía; y es llamado el Consejero admirable, Dios poderoso, el Padre por siempre, el Príncipe de la paz (Is. 9,6). El mismo Isaías (7,14), poco antes, había profetizado: *He ahí: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, al que llamará Emanuel,* que significa Dios-con-nosotros.

Este Dios se hizo por nosotros niño, que nació hoy. Por muchas razones Cristo es llamado niño. Por amor a la brevedad, aclaro una sola. Si haces una ofensa a un niño, si lo reprochas, si lo golpeas, pero después le muestras una flor, una rosa, una golosina, un juguete o algo semejante, y se los das, él olvidará la ofensa recibida, aplacará su enojo y correrá a abrazarte. Algo semejante sucede con Cristo. Si lo ofendes con un pecado mortal y si le haces algún otro agravio, pero después le ofreces la flor de tu arrepentimiento o la rosa de una confesión acompañada de lágrimas –«las lágrimas son la sangre del alma» (San Agustín)–, en seguida olvidará tu ofensa, perdonará tu culpa y correrá a abrazarte y besarte.

Ezequiel (18,21-22) proclama: *Si el pecador hace penitencia de todos los pecados que cometió, yo no me acordaré de ninguna de sus culpas.* Igualmente Lucas (15,20) en la parábola del hijo pródigo: *Su padre lo vio y, conmovido, corrió a su encuentro, le echó los brazos al cuello y lo besó.* Y en el segundo libro de los Reyes (14,33) se lee que *David acogió benignamente al arrepentido Absalón y lo besó.*

Un niño nació para nosotros. ¿Qué utilidad nos viene del nacimiento de este niño? Muchas, por cierto. Oye lo que dice Isaías (11,8-9): *El niño de pecho jugará sobre el hoyo de la ví-*

bora y el pequeñuelo, apenas destetado, colocará su mano sobre la cueva de serpientes venenosas. En todo mi santo monte no cometerán el mal, ni dañarán a su prójimo.

La serpiente venenosa es el diablo; sus hoyos y sus cuevas son los corazones de los malvados. Allí nuestro querido niño puso la mano y con el poder de su divinidad sacó al diablo. De ahí Job (26,13): *Con su mano, como la de una partera, sacó a la serpiente venenosa.*

Tarea de la partera es sacar el feto de las tinieblas a la luz. Así obra cristo. Con su mano poderosa saca fuera de los tenebrosos corazones de los pecadores al diablo, la antigua serpiente; y así el diablo y sus fautores ya no dañarán el cuerpo sino sólo con el permiso. Por ejemplo, *los espíritus inmundos no pudieron entrar en el cuerpo de los puercos sino con el permiso* (Mc. 5,13). Y de ninguna manera podrán matar las almas con la muerte eterna. Antes de la venida del Salvador ellos ejercían un poder tan grande sobre los hombres, que primero desgastaban espantosamente el cuerpo y después arrastraban miserablemente las almas al infierno.

Y nos fue dado un hijo. Esto concuerda con el segundo libro de los Reyes (21,19): *Hubo una tercera guerra en Gob contra los filisteos, en la cual Adeodado, hijo de Salto, que tenía un vestido de varios colores, nativo de Belén, mató a Goliat de Get.*

Observa que la primera guerra se trabó en el desierto: *Jesús fue conducido al desierto para ser tentado* (Mt. 4,1); la segunda en el campo, o sea, en público: *Jesús estaba echando a un demonio* (Lc. 11,13); la tercera batalla se desarrolló en el leño de la cruz. Jesús, colgado de la cruz, derrotó a los filisteos, o sea, a las potencias del aire. Esta tercera guerra se trabó en Gob, que significa «lago»; o sea, se luchó en las heridas del Redentor y, sobre todo, en la herida del costado, de la que brotaron los dos ríos de nuestra redención. Esta guerra fue combatida por Jesús al que la misericordia del Padre nos dio, para que fuese nuestro campeón.

Adeodado («dado por Dios»), hijo de Salto, es Cristo, que *permaneció cuarenta días en el desierto con las fieras* (Mc. 1,13). *El hijo de Salto* es también Jesús, coronado de espinas y

vestido con varios colores. El vestido simboliza su humanidad, enriquecida con los siete dones de la gracia, que El mismo se preparó en el seno de la Virgen; *nativo de Belén,* ya que Jesús nació de la Virgen en Belén. También hay otra interpretación. Jesús tendrá una vestimenta multicolor también el la resurrección universal, cuando nos vestirá también a nosotros con las cuatro coloridas dones de los cuerpos gloriosos. Jesús es nativo de Belén, o «casa del pan», en la eterna refección del paraíso, (tanto para sí como para nosotros). Jesús es en fin nuestro atleta. Fue, sí, herido en el lago de su pasión, pero luego El derrotó a Goliat, el geteo, o sea, al diablo.

Sobre sus hombros tiene la insignia de la soberanía. Esto concuerda con el Génesis (22,6): *Abraham tomó la leña del sacrificio y la puso sobre su hijo;* y con el Evangelio de Juan (19,17): *Llevando la cruz, Jesús se dirigió hacia el monte Calvario.*

¡Oh humildad de nuestro Redentor! ¡Oh paciencia de nuestro Salvador! A solas, para el bien de todos, lleva la cruz, en la que fue suspendido y crucificado para morir en ella. Como dice Isaías (57,1): *Perece el justo, y nadie le presta atención.* Dice también Isaías (22,22): *Pondré sobre sus hombros la llave de la casa de David.* La llave es la cruz de Cristo, con la cual nos abrió las puertas del cielo. Pero la cruz es llave y también soberanía: la llave, porque abre el cielo a los elegidos, y soberanía, porque con su poder arroja al infierno a los demonios.

Y su nombre será el *Admirable,* en el nacimiento; *Consejero,* en la Predicación; *Dios,* obrando milagros; el fuerte, en la pasión; *el Padre por siempre,* en la resurrección. Al resucitar, nos dejó a todos la esperanza cierta de que también nosotros resucitaremos, y nos la dejó como una herencia para los hijos. Y será *el Príncipe de la paz* para nosotros en la eternidad. ¡Que el bendito Dios se digne concedérnosla! ¡Amén!

* * *

(Sobre los atributos del Niño-Dios, señalados por el profeta Isaías (9,6), san Antonio teje una trama de interpretaciones que se pueden aplicar tanto a los predicadores como a los pa-

dres de familia, tanto a las autoridades religiosas como a las civiles).

Se llamará el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre por siempre, el Príncipe de la paz.

A través de estas seis características o títulos se compendia la perfección del hombre arrepentido o del varón justo. El es *admirable* en los frecuentes análisis o sutiles exámenes de su conciencia, por los que ve las maravillas que la gracia obra en lo profundo de su corazón. Por eso es admirable aquel Job, cuya paciencia todos admiramos: *Por eso no callará mi boca, sino que expresará mis angustias y me quejaré a la medida de mi amargura* (Jb. 7,11). El espíritu acongojado y el corazón amargado no dejan nada sin discutir, sino que todo, y con todo cuidado, lo someten al análisis y al examen.

El es el *Consejero,* en las necesidades tanto espirituales como temporales del prójimo, como lo practicaba Job (29,15): *Yo fui los ojos para el ciego y los pies para el cojo.* Ciego es aquel que no ve su conciencia, y cojo es el que se aparta del camino rectilíneo de la justicia. El varón justo lleva gran ayuda a ambos. Es *ojo* para el ciego, cuando lo instruye, para que conozca los perjuicios que sufre su conciencia, y es *pie* para le cojo sosteniéndolo y guiándolo, para que oriente sus actividades por el camino de la justicia.

El es *Dios.* En el gobierno de los súbditos, el hombre justo es designado con solemnidad como Dios. Por ejemplo, el Señor en el Exodo (7,1) declara a Moisés: *Yo te constituí como un dios para el faraón.* Igualmente en Exodo (22,8): *Si el ladrón está escondido, el dueño de la casa se presentará ante los dioses,* o sea, los sacerdotes, *y jurará no haber echado mano en las cosas de su prójimo;* y en fin: *Les digo: todos ustedes son dioses* (S. 81,6).

Además, Dios, en griego, significa «El que ve» o «El que corre». El penitente es llamado Dios, porque ve y corre: a través de la contemplación ve las cosas superiores, y corre hacia adelante en la lucha por la penitencia.

El es *Fuerte,* en luchar contra las tentaciones. Se lee en el libro de los Jueces (14,5-6): *Sansón vio un cachorro de león que se le acercaba furioso y rugiendo. El espíritu de Dios tomó*

a Sansón, el cual despedazó al león como lo hubiera hecho con un cabrito. El cachorro es el espíritu de soberbia, o de lujuria o de algún otro vicio. Furioso de apariencia, rugiendo por la astucia, se presenta de improviso y ataca con ímpetu. Cuando el espíritu de contrición, del amor y del temor de Dios, irrumpe en el alma del penitente, desgarra el espíritu de soberbia, simbolizado en el león, y despedaza el espíritu de lujuria, simbolizado en el cabrito, porque hiede, porque poco a poco lo destruye a él y sus circunstancias.

El es el *Padre por siempre,* a través de la predicación de sus palabras y de sus ejemplos. El apóstol Pablo de pondera: *Hijos míos, a quienes nuevamente doy a luz, hasta que Cristo se forme en ustedes; yo los engendré a través del Evangelio de Cristo para la vida eterna* (Gl. 4,19; I Co. 4,15).

El es el *Príncipe de la paz,* en la serena convivencia del cuerpo y del espíritu. Nos lo señala Job: *Las bestias salvajes,* o sea, los movimientos de la sensualidad, *no te atacarán, y tu tienda gozará de paz. Vivirás seguro, lleno de esperanza, serás protegido y te acostarás tranquilo* (Job. 5,23-24; 11,18).

(Para la Navidad: III, 4-6; 8-11; 13-15).

11. ¡Feliz el vientre que te llevó!

Mientras Jesús estaba hablando, una mujer de entre la gente alzó la voz y dijo: «¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!» (Lc. 11,27).

Y en el Cantar de los cantares el esposo habla así a la esposa: *Resuene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce* (Ct. 2,14). La voz dulce es la de la gloriosa Virgen María, que resuena suavísimamente en los oídos del Esposo, Jesucristo, Hijo de la misma Virgen. Levantemos, pues, la voz todos juntos y cada uno en particular para alabar a la bienaventurada María y digamos a su Hijo: *¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!*

«Bienaventurado», etimológicamente, significa «bien acre-

centado». Bienaventurado es aquel que posee todo lo que quiere y no quiere nada malo. Bienaventurado es todo aquel que obtiene todo lo que desea.

Bienaventurado, pues, es el vientre de la gloriosa Virgen, que por nueve meses mereció llevar todo bien, más aún, el sumo bien, la felicidad de los ángeles y la reconciliación de los pecadores. Comentaba san Agustín: «Fuimos reconciliados por medio del solo Hijo según la carne, pero no con el solo Hijo según la divinidad: la Trinidad nos reconcilió consigo misma, por el hecho que la misma Trinidad hizo que el Verbo se hiciera hombre».

Bienaventurado, pues, es el vientre de la gloriosa Virgen, de la que san Agustín en el tratado *De la naturaleza y de la gracia,* ponderaba: «Cuando se trata de pecados, queda exceptuada la Virgen María, por el honor del Señor; por eso yo no quiero absolutamente que se plantee esta cuestión. Sabemos que a Ella se le confirió mayor abundancia de gracia, precisamente para vencer el pecado en todos sus aspectos. Ella mereció concebir y dar a luz a Aquel de quien consta que no tuvo ningún pecado».

A excepción de la Virgen, si se pudiera reunir a todos los santos y santas y si se les preguntara si tienen pecado, ¿qué cosa responderían sino lo que Juan dice: *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros?* (I Jn. 1,8).

Aquella gloriosa Virgen fue prevenida y colmada con una gracia tan singular, que tuvo como fruto de su vientre a Aquel a quien desde el principio tuvo como Señor del universo.

Bienaventurado, pues, es el vientre, del que el Hijo en el cantar (7,2) proclama en alabanza de su Madre: *Tu vientre es un montón de trigo, rodeado de lirios.* Por cierto, el vientre de la gloriosa Virgen fue un montón de trigo: montón, porque en él fueron reunidas todas las prerrogativas de méritos y de premios; de trigo, porque en él, como en un granero, gracias a la previsión del verdadero José, fue colocado el trigo, para que el entero Egipto no muriera de hambre (Gn. 41,56).

Se dice «trigo», porque se lo coloca purísimo en el granero, o porque se lo muele y machaca; blanco por dentro y rubio

por fuera. Eso significa a Jesucristo, que por nueve meses fue puesto en el granero del dichoso vientre de la gloriosa Virgen y fue machacado por nosotros en el molino de la cruz; fue blanco por la inocencia de la vida, y rubio por el derramamiento de la sangre.

Este dichoso vientre fue *rodeado de lirios*. Se dice lirio, porque es «como lácteo», y por su blancura significa la virginidad de María, cuyo vientre fue rodeado, o sea, protegido por el valle de la humildad, y rodeado de lirios de la doble virginidad interior y exterior. Comentaba san Agustín: «Dios Unigénito, mientras era concebido, recibió de la Virgen verdadera carne y, mientras nacía, conservó íntegra en la Madre la virginidad».

Verdaderamente fue dichoso aquel vientre que te llevó a ti, que eres Dios e Hijo de Dios, Señor de los ángeles, Creador del cielo y de la tierra y Redentor del mundo. La Hija llevó en su vientre al Padre, la Virgen pobrecilla llevó al Hijo.

¡Oh querubines! ¡Oh serafines! ¡Oh ángeles y arcángeles! Con el rostro humilde y la cabeza inclinada, adoren reverentemente el templo del Hijo de Dios, el sagrario del Espíritu Santo, el dichoso vientre rodeado de lirios, y proclamen: *Bienaventurado el vientre que te llevó.*

Y ustedes, hijos terrenales de Adán, a los que les fue concedida una tal gracia, una tal especial prerrogativa, con devoción de fe, conmoción de la mente, póstrense a tierra y adoren el *trono excelso y de marfil del verdadero Salomón* y el *trono de nuestro Isaías* (3 R. 10,18-20; Is. 6,1); y proclamen: *Bienaventurado el vientre que te llevó.*

* * *

Dichosos los pechos que te amamantaron. Dice Salomón (Pr. 5,19): *Cierva amable, gracioso cervatillo: sus amores te embriaguen en todo tiempo, y su amor te apasione para siempre.*

En los tratados de ciencias naturales se dice que la cierva para en el camino trillado, sabiendo que el lobo evita ese camino por miedo al hombre.

La cierva amable es la Virgen María, quien en el camino

trillado, o sea, en un albergue público, dio a luz un gracioso cervatillo: su pequeño Hijo, que se nos dio gratuitamente y en el tiempo oportuno. Por esto Lucas (2,7): *Dio a luz a un hijo primogénito y lo envolvió en pañales,* para que recibiera la estola de la inmortalidad, *y lo acostó en un pesebre, porque para él no había lugar en el albergue.* El se procuró un albergue, para que nosotros tuviéramos en el cielo muchas mansiones.

Los pechos de esta «cierva», muy querida por todo el mundo, te embriaguen a ti, oh cristiano, en todo tiempo, para que, olvidando las cosas temporales, tú puedas desplegarte con embriaguez hacia las cosas futuras (Fl. 3,13). Suscita mucha maravilla el que haya dicho: *Te embriaguen,* porque en los pechos no hay vino, sino leche agradabilísima. Pero oye el motivo. El Esposo, su Hijo, así la alaba en el cantar (Ct. 7,6-7): *¡Qué hermosa y qué graciosa eres, oh amor, o hija de deleites! Tu estatura se asemeja a la palmera y tus pechos a racimos.* ¡Qué hermosa eres en el alma, y qué graciosa en el cuerpo, oh madre mía, oh esposa mía, oh cierva queridísima en los deleites, es decir, en los premios de la vida eterna!

* * *

Tu estatura se asemeja a una palmera. La palmera, en la parte baja, tiene la corteza rugosa; en cambio, hacia lo alto, es hermosa de verse y fecunda en sus frutos; y se dice que da frutos a los cien años. De la misma manera, la Virgen María en este mundo llevó una vida áspera en la corteza de su pobreza, pero en el cielo fue hermosa y gloriosa, porque llegó a ser Reina de los ángeles y, como Virgen de las vírgenes, mereció obtener el fruto del ciento por uno que se da a las vírgenes.

Tus pechos se asemejan a racimos. El racimo, como el de la uva, concentra en sí las muchas pepitas que nacen de la vid. En la historia de José, en el Génesis (40,9-10), se lee el relato del copero: *En mi sueño tenía delante de mí una vid con tres sarmientos. Los brotes crecieron poco a poco, después aparecieron las flores y los racimos maduraron.* En este pasaje se notan siete cosas: la vid, los tres sarmientos, los brotes, las flo-

res, los racimos de uva. Vamos a estudiar de qué manera estas siete características convienen egregiamente a la Virgen.

Se llama vid, porque tiene la fuerza de arraigarse con más celeridad, o porque se entrelaza con facilidad con las plantas cercanas. La vid es María que más pronto o más profundamente que todos los demás se arraigó en el amor de Dios, e inseparablemente se unió a la verdadera vid, o sea, a su Hijo, que dijo: *Yo soy la vid verdadera* (Jn. 15,1). Y ella dijo que sí en el Eclesiástico (24,17): *Yo como una vid di brotes de suave aroma.*

El parto de la bienaventurada Virgen no tiene ejemplo en el sexo femenino, pero tiene semejanzas en la naturaleza. Tú preguntas cómo la Virgen engendró al Salvador: lo engendró como la flor de la vid engendra el aroma. Después de haber despedido el aroma, la flor de la vid sigue íntegra; así cree por fe que el pudor de la Virgen sigue inviolado, después de haber dado a luz al Salvador. ¿Qué es la flor de la virginidad sino un suave aroma?

Los tres sarmientos de esta vid fueron: el saludo del ángel, la intervención del Espíritu Santo, la inefable concepción del Hijo de Dios. De estos tres sarmientos cotidianamente se alimenta y se propaga por todo el mundo la prole de los fieles mediante la fe.

Los brotes de la vid son la humildad y la virginidad de María. Las flores son la fecundidad sin menoscabo, el parto sin dolor. Los tres racimos de uva son la pobreza, la paciencia y la abstinencia. Estas son las uvas, de las que fluye el vino maduro y aromático que embriaga, pero, aun embriagando, hace sobrias las mentes de los fieles. Bien, pues, se dice en los Proverbios (5,19): *Sus amores te embriaguen en todo tiempo, y su amor te apasione para siempre.* De esa manera, por medio de su amor, podrás despreciar los falsos deleites del mundo y conculcar la concupiscencia de tu carne.

* * *

Oh pecador, refúgiate en Ella, porque Ella es la ciudad del refugio. Como un tiempo atrás el Señor designó algunas ciuda-

des para refugio de los que hubieran cometido homicidio, involuntariamente; así ahora la misericordia del Señor proveyó, como refugio misericordioso, el nombre de María también para los homicidas voluntarios. Torre fuertísima es el nombre de nuestra Señora: en Ella el pecador podrá hallar refugio y salvación. Su nombre es dulce: es un nombre que anima al pecador y le da la dichosa esperanza. *Oh Señora, tu nombre y tu recuerdo son el anhelo del alma* (Is. 26,8). *Fragancia derramada es tu nombre* (Ct. 1,2). «El nombre de María es júbilo para el corazón, miel para la boca y melodía para el oído» (San Bernardo).

Egregiamente, pues, se proclama en alabanza de la Virgen: *Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que mamaste* (Lc. 11,27).

Observa que el latino *súgere* (=mamar) viene de *sumendo ágere* (=obrar chupando). Mientras Cristo chupaba la leche, obraba nuestra salvación. Nuestra salvación fue su pasión; y El soportó la pasión en su cuerpo, que fue alimentado con la leche de la Virgen. Por eso dice en el Cantar de los cantares (5,1): *Bebo mi vino y mi leche.* Pero, Señor Jesús, ¿por qué no dijiste: «Bebí el vinagre con mi leche»? Tú mamaste la leche de los pechos virginales, y más adelante bebiste hiel y vinagre. La dulzura de la leche se cambió en la amargura de la hiel, y El lo aceptó, para que la amargura de la hiel se trocara para nosotros en dulzura eterna. Chupó los pechos Aquel que en el monte Calvario quiso ser herido en el pecho, para que los pueblos bebieran sangre en lugar de la leche. De ellos dice Job (39,30): *Los polluelos del águila lamen la sangre.*

Sin embargo, Jesús dijo: *Dichosos, más bien, los que oyen la palabra de Dios y la guardan* (Lc. 11,28). Con ello quería decirnos que a la Virgen no sólo hay que alabarla por haber llevado en su vientre al Hijo de Dios, sino también porque puso en obra los preceptos de Dios.

Nosotros, pues, te suplicamos, oh Señora nuestra y nuestra esperanza confiadamente. Nos hallamos sacudidos por las tempestades de este mar terrenal. Tú, que eres la estrella del mar, envía un rayo de tu luz, para que nos guíe a puerto. Con la tutela de tu presencia, asístenos al término de nuestra vida,

para que merezcamos salir sin temor de esta cárcel y llegar felices al gozo que no tiene fin. ¡Nos lo conceda Jesús, a quien tú llevaste en tu dichoso vientre y a quien amamantaste con tus sagrados pechos! ¡A El sean el honor y la gloria por los siglos de los siglos! ¡Amén!

(III domingo de cuaresma: I,157-163)

12. Todo nos fue dado en Jesucristo

Jesucristo nos fue dado por Dios en la Navidad. Ya Isaías dijo: *Nos ha nacido un niño, nos fue dado un hijo* (Is. 9,6).

Fue hijo de Salto. Salto fueron los antiguos padres, los patriarcas y los profetas que, inspirados por el Espíritu de Dios y semejantes a árboles «que suben hacia lo alto», profetizaron la encarnación del Hijo de Dios, quien de ellos asumió la carne. Por esto se dice «hijo de Salto».

Jesús fue hijo de Salto en la predicación y en la pasión: en la predicación, porque eligió a los apóstoles como árboles que suben hacia lo alto; por esto dijo: *Los he elegido para que vayan y lleven fruto* (Jn. 15,16); en la pasión, porque fue coronado con las espinas de nuestros pecados.

Fue «multicolor» en la resurrección, porque aquella túnica multicolor, o sea, aquella carne gloriosa, tomada de María Virgen, estirada por nosotros en el madero de la cruz, dilacerada por los clavos y perforada por la lanza, con su aguja sabia y poderosa la reparó y la restituyó a la inmortalidad.

El será ciudadano de Belén, para nosotros, en la bienaventuranza eterna, en la que nos saciaremos, *al verlo cara a cara* (I Co. 13,12). Con razón se dice: *Optimo es lo que nos fue dado* (St. 1,17). El Padre de las luces, espléndido y piadoso limosnero, nos dio a nosotros, los pobres, no algo bueno o mejor, sino lo óptimo: lo mejor que El tenía.

Y cada uno de sus dones es perfecto (St. 1,17). Dice bien el apóstol: *Con El nos lo dio todo;* y además: *Nos lo dio como cabeza de la Iglesia* (Rm. 8,32; Ef. 1,22). ¡Un don mayor no hu-

biera podido dárnoslo! Con toda razón se dice que Cristo es el don perfecto, porque el Padre, ante todo, nos lo dio a El y, después, por El lo llevó todo a su perfecta consumación. Por esto, *el Hijo del hombre vino a salvar lo que estaba perdido* (Mt. 18,11).

Hoy en el introito de la Misa la Iglesia canta: *Canten a Dios un cántico nuevo* (S. 97,1). Es como si dijese: «Oh fieles, ustedes que fueron salvados y renovados por medio del Hijo del hombre, ¡canten un cántico nuevo! Echen fuera las cosas viejas, porque están sobreviniendo las nuevas. Canten, porque Dios Padre obró maravillas: nos envió un don perfecto, su Hijo, su Unigénito, salvó a los pueblos y lo llevó todo a la perfección. De veras, *a los ojos de los pueblos reveló su justicia* (S. 97,2).

En seis días hizo toda la creación: *Lo dijo y fue hecho* (S. 148,5). En la sexta edad *el Verbo se hizo carne* (Jn. 1,14). En el sexto día, a la hora sexta *padeció por nosotros* (I Pe. 2,21). Y así llevó todas las cosas a su acabamiento, como El dijo en la cruz: *Todo está consumado* (Jn. 19,30).

* * *

Cuanta distancia existe entre el decir y el hacer, otra tanta existe entre el crear y el re-crear. La creación fue fácil y leve, porque sucedió con la sola palabra, más aún, con la sola voluntad de Dios, cuyo decir es querer; pero el re-crear fue mucho más difícil, porque se logró con la pasión y la muerte. Adán fue creado con facilidad, pero también muy fácilmente cayó. ¡Ay de nosotros, miserables, que fuimos re-creados y redimidos con una pasión tan grande y con tan acongojado dolor; pero después, con gran facilidad, llegamos a pecar gravemente, frustrando un tan grande trabajo del Señor.

Dios mismo dice en Isaías (49,4): *Inútilmente trabajé, en vano y sin motivo gasté todas mis fuerzas.* En la creación el Señor no se fatigó, porque *hizo todo lo que quiso* (S. 134,6); en la re-creación, o nueva creación tanto fatigó que *su sudor se transformó en gotas de sangre, que corrían por la tierra* (Lc. 22,44).

Si tantos sufrimientos sobrellevó cuando oraba, imagina cuántos habrá soportado en la crucifixión.

El Señor se fatigó, y de esa manera nos arrancó del poder del diablo. Por nuestra parte, al pecar mortalmente, caemos en poder del diablo, y así frustramos el trabajo del Señor. De ahí viene su queja: *Inútilmente trabajé, y sin provecho.* No veo provecho alguno de mi pasión, porque *no hay nadie que obre el bien, ¡ni uno solo!* (S. 13,1). También Oseas (4,2) lo había señalado: *Estamos llenos de homicidios, adulterios, perjurios, robos, maldiciones y mentiras; y se derramó sangre sobre sangre.*

Ni los sacerdotes –observa Jeremías (2,8)– se preguntaron: *«¿Dónde está el señor?» Los custodios de la ley no me conocieron; los pastores,* o sea, los prelados, *se rebelaron en contra de mí; y los profetas,* o sea, los predicadores, *profetizaron en nombre de Baal.* Los predicadores predican, buscando el aplauso. Con toda razón dice el Señor: *Inútilmente Trabajé, en vano y sin motivo gasté todas mis fuerzas.*

La fuerza de la divinidad fue casi gastada en la debilidad de la humanidad. ¿No te parece que su fuerza fue deshecha, cuando El, Dios y Hombre, fue atado como un ladrón a una columna, sometido a la flagelación, abofeteado y ensuciado con escupitajos; su barba, arrancada pelo tras pelo; y su cabeza, que hace temblar a los ángeles, herida por una caña; y finalmente fue crucificado entre dos ladrones?

¡Ay de los pecadores miserables, vanidosos e insensatos, a los que estos sufrimientos de Cristo no sirven para alejarlos de las vanidades de este mundo!

Cristo consumió en vano su fortaleza, porque, aquellos por los cuales se desgastó (soportando la pasión), se volvieron insensatos. Por esta razón habría que temer mucho que aquel Señor, que dijo al principio de los tiempos: *Me arrepiento por haber creado al hombre* (Gn. 6,7), ahora diga: «Me arrepiento de haber redimido al hombre, porque agoté todas mis fuerzas, pero sus maldades no se extinguieron».

* * *

De esos insensatos dice Jeremías (6,29-30): *Jadeó el fuelle, el plomo se consumió por el fuego. En vano el fundidor quiso fundirlo; las escorias no se desprendieron. Serán llamados «plata de desecho», porque Dios los desechó.*

En este importante pasaje se destacan cinco características: el fundidor y el fuelle, el fuego, el plomo y la plata. En el fundidor se representa la divinidad, en el fuelle la predicación, en el fuego la pasión, en el plomo la humanidad de Cristo y en la plata nuestras almas.

En el horno encendido, la plata se purga del plomo y se vuelve brillante. Para purgar la plata de las escorias, o sea, los pecados de nuestras almas, tomaron parte el Dios-Hombre y su predicación.

Pero el fundidor, o sea, Dios, sopló en vano y en vano gastó todas sus fuerzas. El fuelle, o sea, la predicación, se echó a perder, y el plomo fue consumido en el fuego de la pasión; y así Dios se fatigó en vano, sin motivo, porque nuestras maldades no fueron eliminadas. Por eso la «plata de desecho» será echada en el basural de la gehena, porque las almas de los pecadores serán arrojadas en el lago del fuego ardiente.

(IV domingo después de Pascua: I,313-315)

13. Jesús: Camino, Verdad y Vida

Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn. 14,6).

Yo soy el camino, sin error para los que me buscan. De él habla Isaías (35,8): *Habrá allí un camino allanado; será llamado vía sacra; ni el impuro ni el necio pasarán por ella.* Aclara san Pablo en la primera carta a los corintios (3,18): *Si alguno de vosotros se cree un sabio en este mundo, hágase necio para llegar a ser sabio, porque la sabiduría de este mundo es necedad delante de Dios.*

El necio-sabio no se equivoca recorriendo el camino de Cristo, cuya doctrina consiste en dar relativa importancia a las cosas temporales y valorar las eternas.

De este camino se habla en el libro de los Números (20,17-29), en el que se relata que Moisés envió mensajeros al rey de Edom, para que le dijeran: *Déjanos, por favor, pasar por tu territorio. No cruzaremos por campos ni viñedos ni beberemos agua de pozo; caminaremos por el camino público sin desviarnos ni a la derecha ni a la izquierda, hasta que crucemos tus fronteras.*

Los hijos de Israel son los justos que pasan por tierras de Edom, que significa «sanguinolento» y representa el mundo ensangrentado por los pecados.

Estos justos no tienen morada permanente, ni se les puede aplicar la amenaza del Apocalipsis (8,13): *¡Ay de los habitantes de la tierra!*, sino que son viajeros, de los que habla Job (21,29-30): *¿No interrogaron a los viandantes y no se quedaron pasmados por los casos que refieren: que el malo es preservado en el día del desastre y queda a salvo en el día de los furores?*

Estos justos no van por los campos malditos de las preocupaciones terrenas, ni van por los viñedos de la concupiscencia carnal o de la lujuria, cuyas *viñas son viñas de Sodoma y plantaciones de Gomorra* (Dt. 32,32).

Ellos no beben el agua del pozo de la samaritana, o sea, el agua de la codicia mundana, *de la que tendrá nuevamente sed el que la beba* (Jn. 4,13).

Ellos van por el camino público y trillado, por el camino indicado por Cristo: *Yo soy el camino:* público por la palabra, trillado por la flagelación. Ese camino es público por la predicación de los apóstoles, y trillado por las persecuciones; público, porque está abierto a todos, pero trillado, porque es conculcado por los pies de casi todos. El sarraceno reniega de él, el judío lo blasfema, el hereje lo viola, el falso cristiano lo flagela con su conducta mala.

Sólo el justo anda por él con fidelidad y humildad, sin desviar a la derecha, para no elevarse en la prosperidad, ni a la izquierda, para no abatirse en la adversidad; y lo recorre hasta que, después de la muerte, entre en la tierra prometida.

* * *

Cristo es la *verdad,* sin falsedad para los que la hallan. De ella se dice: *La verdad brotará de la tierra* (S. 84,12). Cristo es la verdad, nacida de una tierra virgen; y la verdad de su fe nació de la madre Iglesia. Aquella precedió, para que ésta, la Iglesia, la siguiera: *Nació en las tinieblas una luz para los rectos de corazón* (S. 111,4)...

Se lee en el tercer libro del apócrifo Esdras (4,35-40): «La verdad es grande y fuerte más que todo. Toda la tierra invoca la verdad, y el cuelo la bendice. En el rey inicuo, como en las mujeres inicuas y en todos los hijos de los inicuos, no está la verdad, como tampoco en ninguna de sus obras inicuas. Todos ellos perecerán en su misma iniquidad. En cambio, la verdad se fortalece y permanece para siempre, y vive y se despliega en los siglos de los siglos. Con ella no hay discriminación de personas. Lo que es justo, ella lo hace con todos, aunque sean injustos y malvados, y todos son favorecidos en las obras de la verdad. En su juicio no hay iniquidad, sino sólo fortaleza, reino, poder y majestad de todos los tiempos. ¡Bendito sea el Dios de la verdad! ¡Amén!».

Fuerte es el vino de la codicia terrenal, del que se embriaga la gente mundana y luego resbala de pecado en pecado. Más fuerte es la soberbia del diablo quien, como dice Job (41,25), es *el rey de todos los hijos de la soberbia.* Aún más fuerte es la tentación de la carne y de la lujuria; pero la verdad de Cristo es más fuerte que ellas, y vence todos estos pecados.

* * *

Cristo es la *vida* para los que no tienen vida: *Yo vivo y ustedes vivirán* (Jn. 14,19). E Isaías (65,22): *Cuales son los días del árbol, tales son los días de mi pueblo.* El árbol, plantado en la tierra del vientre virginal y junto a las aguas, o sea, a la abundancia de las gracias, es Jesucristo. Sus días son eternos, porque *su reino no tendrá fin* (Lc. 1,33), y eternos también serán los días de su pueblo elegido y salvado, porque la muerte ya no reinará, y *su Dios no es el Dios de los muertos sino de los vivos* (Mc. 12,27).

Yo soy el *camino* en el ejemplo, la *verdad* en la promesa,